

esos dramas lo han encantado en su edad juvenil, y porque junto a la vida positiva él mismo se ha formado otra vida, toda de ideal, a la que se transporta sin trabajo alguno, por poco que se solicite su imaginación" (1).

### III

Este era, señores, el público que asistía al teatro; esta era la sociedad cuya imagen recogió y reflejó el arte trágico, con la fidelidad de un espejo. En todo atheniense del siglo V había un coreógrafo, un escenógrafo, un poeta y un músico. Los grandes trágicos de Athenas fueron todo eso, en el grado más o menos alto en que las individualidades geniales condensan, representan y expresan el genio de su raza y de su tiempo. Para tal público, tales poetas.

Los tres gloriosos hijos espirituales de Dionisos representaron la rapidísima evolución de la Atica en sus tres momentos culminantes: la lucha heroica, la prosperidad plena y el inquieto decaer. Sus edades se escalonan como las de tres hermanos: Eskylo, a los cuarenta y cinco años ensangrentó con sangre de sus heridas los laureles de los concursos dyonisiacos, combatiendo en Salamina sobre las galeras heroicas de Themístokles; Sóphokles, apenas efebo, blanco y desnudo como Apolo, danzó y cantó el peán en la playa frente al trofeo

(1) Obra citada, pág. 81.

de la victoria; y Eurípides dió el primer grito de la vida en una pobre cabaña del interior de la isla cuando las naves chocaban en el mar sus espolones enemigos.

Eskylo es el viejo ático, aristócrata y religioso. Descendía de la generación que levantó en el Agora un monumento a los Tiranocidas; y fué iniciado en los misterios de Eleusis, en el culto pacificador y purificador de la *Mater Dolorosa*, de la transparente Demeter. Su espíritu se formó con ejemplos severos y con prácticas augustas. Atrevido y grandioso era el arco de su cabeza; meridiana la claridad de sus pupilas; y, como la gruta de bronce de la Pythia, resonantes y proféticos sus labios. En los momentos crueles del peligro persa, cuando Athenas necesitaba de mucha fe y de mucho valor en sus hijos, encontró en Eskylo un creyente y un héroe. Fué, dice una historia que parece canto de errante aeda, uno de los hoplitas que, en Marathón, después de peinar y trenzar sus cabelleras, como para una fiesta, se lanzaron a paso veloz, cantando estrofas guerreras, sobre las pesadas falanges de los bárbaros; y haciendo vivir, a fuerza de entusiasmo y de bravura, una sangrienta Rapsodia de La Iliada, desbarataron al enemigo y lo arrojaron hasta la orilla del mar, en donde un hermano del poeta, Cynegiro, murió homéricamente aferrando una galera persa con las manos y, cortadas éstas, con los dientes, hasta que un segundo tajo hizo rodar su cabeza sobre las olas. Murió a los setenta años, al parecer desterrado, en Sicilia, en el ardiente y trepidante

país de los Cíclopes, oyendo los rugidos del Títán que se sacude bajo la mole del Etna. Compuso para su tumba este epitafio: "Esta piedra cubre a Eskylo, hijo de Euphorión. Nacido en Athenas, duerme en las fecundas planicies de Gela. El bosque sagrado de Marathón y el Meda de flotante cabellera dirán si fué valiente: bien lo vieron!" Así nos lo revela su obra, su colosal obra trágica: hondo, alto, pomposo. Con médula de su alma formó personajes "altos de cuatro codos, respirando lanzas y flechas, cascos de penacho refulgente, escudos forrados de siete cueros de buey." Su musa "celebró las virtudes heroicas de los Patroklos y de los Teukros corazones de león, a fin de contagiar con su ejemplo a los ciudadanos, apenas oyeran la trompeta." Inventó palabras de sonoridades inauditas, de nunca vistos reflejos; construyó frases fuertes, compactas y bandera al viento, como ejércitos en marcha, y "llenó de almenas las alturas del lenguaje" (1). Decoró la escena con magnificencias dignas del Olimpo; en su Coro cantó como cantan el mar, el misterio, el dolor, la anunciación... y tan alto levantó a la Humanidad sobre los coturnos trágicos, que la envidia de los Dioses la corona con una diadema de rayos. Como el árbol para erguirse frondoso necesita encajar sus raíces en las profundidades de la tierra, el poeta sólo alcanza el ideal cuando es verdaderamente humano, cuando tiene prendidas sus fibras en el corazón vivo y nutricio de los hom-

(1) Frases tomadas de *Las Ranas* de Aristóphanes.

bres. Por humano y por ideal, Eskylo es el trágico heleno que mayor fascinación ejerce sobre el filósofo y sobre el poeta.

Eurípides—¡oh, pobre e inquieto y amargo Eurípides!—es el ático decadente. La vida le dió todas las amarguras que enferman, las del amor, las de la filosofía, las del arte. A falta de una, tuvo dos mujeres infieles; quiso, se dice, ser atleta y dibujante; bebió veneno intelectual en los *filosofaderos* de Athenas; fué raras veces coronado en los concursos trágicos; y la leyenda, cruel leyenda, charlaba que había muerto en tierra extraña devorado, como Acteón, por los perros feroces de las montañas del Epiro. ¿Qué de extraño tiene que haya sido, como lo llama Croiset, un "destructor de ilusiones?" ¿qué de extraño tiene que haya sido, como dice Benjamín Constant en un admirable anacronismo, "un volteriano?" Por eso introdujo en el teatro "el razonamiento, la argucia, la reflexión; y, con la vida íntima, las rufianas, las hermanas incestuosas, las Phedras impúdicas," en fin, personajes con úlceras y en andrajos. Pero por eso mismo, por doloroso y por pesimista, es el más interesante para el psicólogo. "Se asemeja, escribe Paul de Saint-Victor, a Pédaso, el tercer caballo del carro de Aquiles, que no era de sangre divina como los otros dos, Xantos y Balios; pero que, dice Homero, seguía, sin embargo, a los corceles inmortales" (1).

Entre estos dos genios extremos está Sópho-

(1) *Les Deux Masques*.

kles. *Entramos en la belleza.* Es el Heleno perfecto, el ático por excelencia; es la razón limpia, la imaginación pura y el sentimiento exquisito de Athenas, en la breve e incomparable mañana de su gloria. Es el poeta eminentemente nacional.—Athenas, después de las guerras médicas, sintió crecer su alma; se exaltaron sus facultades, esas admirables facultades de prudencia en la disciplina y de audacia en la acción, de que había dado tantas pruebas para poder salvar a la Grecia; y logró consolidar su *imperialismo*, como hoy se dice, su *hegemonía*, como más bellamente se decía entonces, poniéndose al frente de la confederación de Delos, y guiada por el infalible genio de Perikles. Centro político y comercial del mundo griego, respetada y rica, fué también el foco del arte. Con el dinero de los aliados se atavió de templos y de estatuas; y atrayendo, magnética, a los filósofos, a los sabios y a los poetas, pronunció las palabras eternas que nos hacen vivir todavía. En las alturas del Akrópolis consagró el más bello de sus templos, el Parthenón, a Pallas tutelar, guerrera y omniscia. Y semejante al Parthenón fué la elocuencia del Dictador Olímpico, envuelto, como una estatua, en los marmóreos pliegues de su manto, porque sus frases viriles y nobles, semejantes a columnas dóricas, enecraban, en pie y armada, una diosa, la verdad, blanca y vestida de oro y pedrerías como la que, dentro de la *Cella*, en el corazón del templo, habían pulido en el marfil las manos mágicas de Phidias. Y Sóphokles hizo vibrar en los

labios de esta Virgen de marfil y de oro el Verbo infinito de los espacios celestes.—Toda la vida del poeta fué canto y ambrosía. Tuvo de seguro una nodriza de lenguaje immaculado, como las recomendaba Crysipo, que le murmuró muchas dulzuras en los oídos. Era afable, cordial y piadoso: puso constancia y alegría en sus amistades, calor y luz en sus amores, tranquilidad y esperanza en su culto. Bello como un dios, en los banquetes coronaba su cabellera rubia de violetas y desataba a la ironía su lengua elocuente. Era de los primeros en el gimnasio, y no tenía rival cuando, como un Musageta, cantaba acompañándose con la lira. A los veintiocho años obtuvo su primera victoria en los concursos trágicos, compitiendo con el viejo Eskylo. Oid cómo la relata Plutarco: "El auditorio estaba dividido: los partidarios de los dos rivales estaban a punto de llegar a las manos. El arconte Aphepsion no se atrevía a sacar en suerte, según el uso, los nombres de los cinco jueces. Cimón, cubierto de gloria por uno de sus recientes triunfos (había pacificado los mares de la Grecia y acababa de traer a Athenas los huesos de Theseo), llega al teatro con sus nueve lugartenientes. Apenas hicieron a los dioses su libación habitual, el arconte, súbitamente inspirado, ordenó a esos diez jueces que designasen al vencedor: nombraron a Sóphokles. El auditorio, emocionado, respetó el veredicto de los generales victoriosos, y el lustre del juicio hizo callar los celos y las rivalidades. Al día siguiente Eskylo, hu-

millado, partió para Siracusa...." (1) Era la juventud que triunfaba; era la poesía verdadera de Athenas. La Diosa de Phidias no podía hablar de otra manera. Eskylo, con sus concepciones profundas y misteriosas, con su música solemne y fatídica, con sus grupos trágicos monumentales y arcaicos, y con su decoración escéfica, abigarrada y pomposa, fatigaba el espíritu de los athenienses, tan amantes de la claridad, de la precisión y del buen gusto. En el genio de Sóphokles se reposaron con beatitud. El dió a los diversos elementos de la tragedia sus proporciones justas y su tranquilo equilibrio; la epopeya, el lirismo, el drama, todo armoniza en su obra de arte con tal medida, en una gradación de planos y de tonos tan fina y tan suave, que produce el éxtasis de la belleza definitiva y eterna. Sus héroes no son ya las gigantescas víctimas del Destino inexorable que atraviesan el teatro empujados por la mano de un dios, seres primitivos en quienes el acto realiza con terrible violencia las imágenes alucinantes; sino los bellos y nobles tipos de una humanidad superior, conscientes de sus determinaciones, que llevan su destino en sus actos mismos, y que revelan en la lucha la grandeza del alma depurada por el amor y por el dolor. Su coro no es ya ese personaje multánime, activo, sugestionador, preponderante, que cubre la tragedia con un inmenso concierto de voces; sino una especie

(1) Vida de Cimón.

de *espectador ideal* de la acción que recoge en su espíritu las diferentes impresiones del drama y las expresa, purificadas con la música, en la pastoral jubilosa, en el himno grave y en la plegaria ardiente. Su estilo no es ya esa expresión torturada y ampulosa, oscura y relampagueante de la tragedia titánica; es límpido, diáfano; es el sol de Athenas; y el sol de Athenas, "penetra todo sin choque y sin resistencia, inunda de luz los objetos, pero baña sus contornos voluptuosamente, lo mismo que las olas de su golfo van a unirse con dulzura a las riberas doradas de Phalera". Harmonía justa del pensamiento y de la expresión, la lengua de Sóphokles es semejante a esos pueblos de mármol cuyos pliegues en vez de ocultar, transparentan en todo su esplendor la forma serena de la estatua. Toda poesía es turbia y amarga al lado de la suya tan cristalina y tan dulce. Junto a él, Eskylo parece un bárbaro pomposo y Eurípides un impostor pedante. Fué el que más premios obtuvo en los certámenes dyonisiacos. Solamente una ocasión un arconte se negó a aceptarle una tragedia; el señor de La Harpe, que sabe el hecho, aplaude; y esto prueba, según Pitágoras, que las almas de los seres inferiores también transmigran.—Murió cubierto de gloria, a los noventa años, como su viejo Edipo, "sin gemidos y sin dolores;" y la leyenda contaba que, recitando los coros de su poema preferido, Antígona, y fijas las sonrientes pupilas en el oro de un ocazo de transfiguración, se le había apagado la voz y se le había caído la lira de las manos... En su

tumba grabó el cincel una sirena. Athenas le erigió un santuario y le consagró culto.

## IV

Ahora, señores, vamos al teatro; y pues el tiempo es esclavo de nuestro albedrío, elijamos, para dar muestras de gusto ático, la mañana del mes de Elaphebolión—abril, decimos ahora,—del año 440 antes de Jesucristo, en que se representó la Antígona de Sóphokles.

En esa época de primavera, luminosa y dulce, las olas propicias del Mediterráneo conducían al Pireo los enjambres de las barcas en que los aliados y los mercaderes llevaban a la Atica las riquezas y los artefactos del mundo conocido; y Athenas, gloriosa y pródiga, como una reina bajo el dosel del cielo, hospedaba en su recinto de mármoles a la muchedumbre que del continente y de las islas acudía, al llamamiento de la flauta sonora y de las danzas líricas del coro, a presenciar los concursos anuales de la tragedia celebrados por la ciudad en honor de Dyonisos, el dios ardiente y patético que cubría sus formas femeniles con la velluda nébrida, ceñía su cabeza con la mitra oriental, y personificaba, en innumerables leyendas de pasión y de triunfo, los rigores del invierno que marchita las vides y las exuberancias de la primavera que las arquea con el peso de los racimos. Todo contribuía al esplendor de la fiesta, de la *grande Dyonisiá*: los nombres de los poetas, la fama de los actores, la munificen-

cia de los *coregas*—ciudadanos ricos de las tribus, que tenían, elegidos por sorteo, la obligación de organizar y equipar los coros—y los premios que el Estado otorgaba a los favorecidos del dios trágico. Perikles, político sagaz y artista amable, repartía del fondo del tesoro destinado a las fiestas públicas, dos óbolos a cada uno de los ciudadanos para que todo el mundo tuviera acceso al teatro. Esta no es una democracia, decía Platón, es una *teatrocracia*.

La calle de los *Tripíes*—así llamada por los monumentos que, con esa forma, levantaban los coregas para inscribir en ellos sus nombres junto a los de los poetas victoriosos, la fecha del triunfo y el título de la tragedia—conducía al Teatro de Dyonisos. Situado al pie del Akrópolis, era magnífico; no porque tuviera los ornamentos artificiales de una arquitectura suntuosa, sino porque la naturaleza sencilla y elemente le daba toda la majestad de sus líneas y todo el encanto de sus paisajes. Se formó en torno del altar del dios, en el sitio tradicional en que las turbulentas bandas de coristas, coronándose las frentes de pámpanos y embadurnándose las caras con las heces del vino, a semejanza de los sátiros, habían cantado y bailado los primeros coros circulares, los *dithyrambos*, respondiendo con refranes de fogosas melodías al improvisador o al poeta que, sobre un estrado, declamaba, en estrofas vehementes, las aventuras trágicas de Dyonisos. El coro, aunque cambió por completo de naturaleza en la tragedia clásica, conservó siempre su sitio primitivo, evolucionando sobre una plata-

forma al rededor del altar. Esta plataforma se llamaba la *orquesta*. Sabido es que los precursores de Eskylo transformaron el dithyrambo dyonisiaco en dithyrambo heroico (1); y gracias a una invención tan sencilla cuanto genial, convirtieron al recitador de la vida del dios en un verdadero actor que representaba, cambiando máscaras, diferentes personajes de la leyenda épica. Para este efecto, el estrado primitivo bastaba; la tragedia no era todavía sino una serie de monólogos y cantos corales. Pero cuando Eskylo introdujo un segundo actor, creando el diálogo, que es el alma misma del elemento dramático, se construyó, frente a la orquesta, el *proscenio*, caracterizándose y definiéndose de esa manera los dos órganos principales del teatro griego, el del lirismo y el del drama. El proscenio fué siempre estrecho, de poco fondo, debido, por una parte, al pequeño número de actores—nunca pasaron de tres,—y por otra, a las necesidades de la perspectiva. Agrupados en la misma línea horizontal y agigantados por altos coturnos, por anchos petos, por enormes máscaras y por mantos talaes de pliegues mórbidos, los actores, a distancia, parecían figuras de bajo relieve. Y como los espectáculos trágicos habían adquirido desde sus comienzos esplendor y renombre, se construyó

(1) Me refiero tan sólo a Athenas, pues en otras ciudades de la Grecia, como Corinto, Sicyna, Naxos, la misma transformación tuvo lugar, pero sin que llegara a desarrollarse la forma verdaderamente trágica.

frente a la escena, siguiendo la curva de la orquesta y aprovechando la inclinación de la colina, una serie de graderías ascendentes, talladas en la piedra, formando un inmenso hemisferio que podía contener diez mil espectadores. El sacerdote de Dyonisos tenía una curul de honor, un sillón de mármol con dos sátiros danzantes labrados en el respaldo. El arconte presidía. La naturaleza y la imaginación proporcionaban todo lo demás: por techumbre, el cielo en que habían volado con sus fuertes alas de victoria las Odas de Píndaro; como decoración, las montañas azules y los bosques de laureles y de mirtos frecuentados por Harmonía “la de los bucles de oro,” y allá, a lo lejos, evocando la batalla y la gloria, la fimbria palpitante del mar de Salamina.

(Será preciso decir, ¡oh, críticos! que no se representa lo mismo sin máscara que con máscara, a la luz de los focos eléctricos que bajo los rayos del sol, en un salón cerrado que en un anfiteatro abierto?)

Conocéis el sencillito episodio de la leyenda tebana que sirve de núcleo a la tragedia de Sóphokles. Los dos hijos de Edipo caen al pie de los muros de Thebas, atravesados por sus espadas fraticidas: uno, Eteokles, defendiendo la ciudad; y el otro, Polinice, atacándola a hierro y a fuego. Kreón, que ha empuñado el cetro real, ordena que se sepulte con honores al defensor de la patria y que se abandone el cuerpo del traidor al diente de los perros salvajes y a la garra de las aves carniceras. El que infrinja su decreto será castigado con la muer-

te. Sabéis también lo que significaba, para los griegos, privar a un muerto de sepultura: era condenarlo a las peores torturas, a la hambre, a la sed, al insomnio, a la desolación... , porque debajo de la tierra continuaba la vida alimentada con leche, con miel, con cantos y con ruegos. La grande, la filial Antígona, comprende la ignominia de la ley humana que ultraja la conciencia; y, alzando su conciencia frente a la ley, decide sepultar a su hermano, "cometer un crimen piadoso," sacrificar su juventud, su belleza, su amor... y morir. Este es el conflicto que se ha llevado tantas veces al teatro, y que se llevará siempre, porque es eterno.

Pero he aquí una cosa desconcertante: en la tragedia de Sóphokles la lucha verdaderamente dramática, la lucha entre el deber y el amor, no existe. Antígona revela desde sus primeras palabras, que ha vencido de un solo golpe las pasiones de su alma. "Yo lo enterraré, dice, y me será grato morir por esa acción... Más tiempo tengo para agradar a los que están bajo la tierra que a los que ven la luz del sol, porque al lado de aquéllos dormiré eternamente... Por cruel que sea el destino que yo sufra, moriré con gloria..." Caminando primero al cumplimiento del deber, y después a la muerte, sus pasos marcan en la escena una línea recta. Y su prometido, Hemón, el hijo del tirano, ¿qué hace? Seguirle a la muerte. Pero durante el curso de la tragedia, no se ven, no se hablan, no lloran juntos, no se desbaratan patéticamente las almas... No nos pregunta-

mos angustiados: ¿quién triunfará, y al cabo de cuántos dolores y sacrificios, el amor o el deber? No, bien sabemos que el deber ha triunfado ya, aun antes de que la tragedia empiece; bien sabemos que el amor no mostrará en la escena su rostro acongojado y suplicante; bien sabemos que amor y deber sólo se encontrarán en la tumba, no ya para luchar, sino para darse el beso eterno de la paz. Y los críticos desconcertados dicen: esta tragedia, que consta solamente de exposición y de desenlace, en la cual todo está previsto, que no tiene *nudo*, apenas es dramática. ¿Con qué ha llenado el poeta ese amplio espacio que hay entre la primera y la última escena? Con relatos animados, con descripciones épicas, con profecías sinistras, con coros melódicos, con cosas, en fin, que estarán muy bien en otra obra, pero no en un drama. De acuerdo, señores míos; pero esto sólo prueba que Sóphokles no compuso un drama como ustedes lo entienden, sino *esa otra obra* en la cual coros, y profecías, y descripciones, y relatos están *muy bien*: la Tragedia ática.

El poeta escogió un episodio, sólo un episodio de la leyenda sangrienta de Thebas: este episodio, sencillo ya en sí mismo, lo simplificó más todavía, reduciéndolo a las situaciones esenciales; y, una vez limpio de cuantos detalles pudieran atenuar su claridad y complicar su precisión, bien pulido como un mármol, lo llevó a la escena haciéndolo valer, con el rico y armonioso concurso de todas las artes, en los grupos correctos y las actitudes majestuo-

sas de los actores, en el diálogo vivaz y nítido, en las descripciones sonoras y brillantes, en las danzas nobles y las estrofas aliabiertas del coro; a semejanza del escultor que coloca su estatua en la luz justa, en la altura justa, en la distancia justa, es decir, en las condiciones múltiples y *únicas* en que puede revelarse su belleza completa. Ahora bien, lucha es enemiga de armonía; el ideal heleno es belleza: la tragedia ática tiene que ser bella y harmónica. Véamos:

Del palacio real salen Antígona e Ismenia: “—¿Quiéres ayudarme a sepultar el cadáver? —¡Ay! piensa, ¡oh, hermana! que nuestro padre ha muerto... piensa que debemos morir lamentablemente sí, contra la ley, despreciamos el poder de los que mandan... somos mujeres, impotentes para luchar contra los hombres... —Bien, no te pediré ya nada.” Antígona se retira altiva y desdenosa; Ismenia, doblegada y triste. Aquélla lleva un relámpago en los ojos; ésta una lágrima.

El Coro de Viejos Kadmeos, vestidos con amplios ropajes severos, entra a la Orquesta, precedido por el *auleta*, en cuatro filas de tres coreutas cada una, ajustando su marcha lenta y grave a los compases de la flauta. Canta en cuatro estrofas que se responden, el triunfo y la paz. “¡Claridad espléndida! ¡Luz la más bella de las que han brillado sobre Thebas la de las siete puertas, por fin has aparecido sobre las fuentes de Dirkaia! ¡Ojo del día de oro! has rechazado y obligado a huir al hombre del escudo blanco... que se abatió aquí como una

águila... con innumerables armas y cascos ornados de crines.”

Aparece Kreón, el poderoso de alma villana, que, en un discurso pérfido y ambiguo, habla de patria, de justicia, de ley, como todos los tiranos, y suena como una lapidación su amenaza contra el que desobedezca sus órdenes. Uno de los guardianes encargados de vigilar el cadáver de Polinice, llega tembloroso, con la mirada bisoja, la lengua seca y tartamudeante, y con esfuerzos y sudores cuenta que alguien “ha echado tierra sobre el muerto y cumplido los ritos fúnebres.”—“Digo y juro, grita el rey, que, si no traéis ante mí al autor de ese crimen, no sólo seréis castigados con la muerte, sino colgados vivos...” Son dos almas iguales en diferentes esferas de la vida: si el guardián fuera rey, sería duro como Kreón; si Kreón fuera súbdito, sería servil como el guardián.

El Coro canta el maravilloso poder humano, fecundo en bienes y en males. “Los hombres son llevados por el Noto tempestuoso a través de la mar sombría...; doman año con año, bajo las cortantes rejas del arado, a la más potente de las Diosas, Gaia, la tierra inmortal...; aprisionan, en sus redes tejidas con cuerdas, la raza de los ligeros pájaros y las bestias salvajes y la generación marina del océano...; se han hecho el don de la palabra y del pensamiento rápido...” pero ¡ay! pueden “violar las leyes de la patria y el derecho sagrado de los Dioses...” Y un grito rompe el canto: los viejos Kadmeos han visto a Antígona que se



acerca sujeta por la mano brutal del guardián.

Mientras dialogan los dos hombres de almas torcidas, contento el uno por haber escapado de la muerte, sonriente el otro por tener segura su presa, Antígona, con el peplo desgarrado y cubierta de polvo, calla, impasible. "Así fué, dice el guardián. Desde que regresamos llenos de espanto a causa de tus terribles amenazas, quitamos toda la tierra que cubría el cadáver y lo descubrimos, enteramente putrefacto. Nos sentamos en la cima de las colinas, contra el viento, para que no nos llegara la peste... El disco de Helios se detuvo en medio del Ether, abrasante. Entonces, un brusco torbellino, levantando tempestad sobre la tierra y obscureciendo el aire, invadió la llanura y despojó a todos los árboles de su follaje, y el gran Ether fué envuelto en espesa polvareda. Y nosotros, con los ojos cerrados, soportamos esa tempestad enviada por los Dioses. Cuando, tras largo espacio de tiempo, el huracán se apaciguó, vimos a esta joven que se lamentaba con aguda voz, como el ave desolada que encuentra el nido vacío de polluelos. Así ésta, tan luego como vió el cadáver descubierto, prorrumpió en lamentos y en imprecaciones terribles... Al punto trajo tierra seca, y, provista de un vaso de bronce forjado al martillo, honró al muerto con una triple libación... La aprehendimos sin que revelara espanto... Nada negó..." Ya está formada la figura de Antígona; en este momento Sóphokles golpeó por última vez sobre el cincel, y, palpando el mármol, sintió en

su mano la caricia de la belleza. Por encima de la virtud tímida de Ismenia, de la hipócrita tiranía del amo y de la complacencia miserable de los siervos, la voz de la Virgen puede ya proclamar los derechos de la conciencia humana.

"KREÓN.

Tú, que inclinas al suelo la cabeza, ¿confiesas o niegas haber sepultado a Polinice?

ANTÍGONA.

Lo confieso, no niego haberle dado sepultura.

KREÓN.

...¿Conocías el edicto que prohibía hacer eso?

ANTÍGONA.

Lo conocía... Lo conocen todos.

KREÓN.

¿Y has osado violar las leyes?

ANTÍGONA.

Es que Zeus no ha hecho esas leyes, ni la Justicia que tiene su trono en medio de los Dioses subterráneos. Yo no creí que tus edictos valiesen más que las leyes no escritas e inmutables de los Dioses, puesto que tú eres tan sólo un simple mortal. Inmutables son, no de hoy ni de ayer; y eternamente poderosas; y nadie

sabe cuándo nacieron. No quiero, por miedo a las órdenes de un solo hombre, merecer el castigo de los Dioses. Ya sabía que un día debo morir—¿cómo ignorarlo?—aun sin tu voluntad; y si muero prematuramente, ¡oh! será para mí una gran fortuna. Para los que, como yo, viven entre miserias innumerables, la muerte es un bien. En verdad, el destino que me espera en nada me apena. Si hubiese dejado insepulto el cadáver del hijo de mi madre, eso sí me habría afligido; pero lo que he hecho no me causa pesar. Y si juzgas que he obrado imprudentemente, quizá sea yo acusada de locura por un insensato.”

He aquí la idea, el corazón, la voz y el ademán de la tragedia. La idea no puede ser más alta, el corazón no puede ser más generoso, la voz no puede ser más pura, el ademán no puede ser más augusto. Me vienen a la memoria estas palabras que, a propósito de *La Orestíada* de Eskylo, escribió Lemaitre: “Nada hemos inventado, nada... Solamente las formas de los sentimientos humanos han cambiado. Sentimos todavía nuestra alma en comunión con la del viejo poeta griego. Es una gran felicidad. Por esta inteligencia de las obras del pasado, por esta simpatía que salva los siglos, ensanchamos el punto que ocupamos en el tiempo, lo mismo que hacemos crecer, por la caridad y el amor de los hombres, el punto que ocupamos en el espacio. Y esto es lo que hace que la vida sea digna de ser vivida” (1).

(1) Impressions de Théâtre, vol. 4.

Ismenia, pronta, como todos los seres débiles, a las exaltaciones súbitas, sugestionada por virtud tan honda, reclama su participación en el delito sublime. “Yo quiero compartir tu destino... Te lo suplico, hermana, no desdeñes que muera contigo... ¿cómo podrá serme dulce la vida sin tí?...” Nada, todo inútil, que se arrodirle, que lllore, nada vale. La grande hermana responde: “Tú deseaste vivir y yo he deseado morir.” Y la desmiente, no porque la desprecie ni porque quiera salvarla de la muerte, sino porque en esos momentos de ascensión y de transfiguración, en esas alturas morales en que su alma y el ideal se confunden, Antígona personifica el Deber, la Justicia y la Verdad.

El Coro canta el lamentable destino de la familia de Edipo, las falaces esperanzas de los hombres y la eterna juventud de los Dioses. “¡Felices los que han vivido al abrigo de los males...! Desde tiempos remotos las calamidades se suceden a las calamidades en la mansión de los labdácidas... Aquel a quien un Dios empuja a su pérdida, toma a menudo el bien por el mal, y no está a salvo de su ruina... Sin envejecer jamás, tú reinas siempre en el esplendor del Olimpo deslumbrante, ¡oh Zeus!...”

Llega Hemón, el prometido de Antígona, e intercede por ella. “Padre... yo sé naturalmente, antes que tú lo sepas, lo que cada uno dice, hace o reprueba, porque tu aspecto llena al pueblo de terror, y el pueblo te calla lo que no escucharías de buen grado. Pero a mí me es permitido oír lo que se dice en voz baja, y saber cuánto lamenta la ciudad el destino de

esa joven, digna de las mayores alabanzas por lo que ha hecho... La que no ha dejado que su hermano, muerto en el combate e insepulto, sirviese de manjar a los perros comedores de carne cruda, y a las aves de presa, ¿no es digna de un áureo premio?...” Y sigue un diálogo animadísimo—de los más bellos de la tragedia—entre el tirano y su hijo, en que las palabras brillan en una justa terrible “—¿Hemos de aprender la cordura, a nuestra edad, de un hombre tan joven?—Nada escuches que no sea justo. Si soy joven, conviene que consideres mis acciones, no mi edad.” Y luego: “—Entonces, la ciudad me prescribiría lo que debo hacer?—No ves, padre, que tus palabras son las de un hombre todavía muy joven?” Y más adelante: “—¿Está esta tierra sometida a la potestad de otro y no a la mía?—No hay ciudad que pertenezca a un sólo hombre.” Así es todo el diálogo. Y Hemón, dice el Corifeo, “se va lleno de cólera.”

En el canto del Coro baten las alas y suena el carcaj del amor, “¡Eros, invencible Eros! doblegas a los poderosos, te posas en las mejillas delicadas de las jóvenes, cruzas los mares, llegas a las granjas campesinas, y ni los hombres efímeros ni los Dioses eternos pueden huírte... La Diosa Aphrodita es invencible y se ríe de todo...”

Reaparece Antígona, custodiada por los esbirros que la llevan a enterrar viva en una caverna. Ya cumplió su acto sublime, ya no la sostiene el ideal de sacrificio en las regiones superiores, ya se le empapa el corazón con lá-

grimas que vienen de muy profundo y que van a saltar como el chorro de una fuente; ya no es la heroína, es sólo la mujer, la pobre virgen que lamenta sus pérdidas nupcias, sus muertas ilusiones de niños rubios nacidos entre besos y rosas... Y, oh prodigio, ya no habla, canta! “Oh Ciudad, oh fuentes de Dirkaia, oh bosques sagrados de Thebas la de hermosos carros... Ya no veré más el ojo brillante de Helios, infeliz de mí... Oh sepulcro, oh lecho nupcial!... Me voy sin haber vivido mi parte legítima de vida. Pero al partir, abrigo la inmensa esperanza de ser bien recibida por mi padre, y por tí, Madre, y por tí, cabeza fraternal; porque, muertos, mis manos os lavaron, os ataviaron y os llevaron las libaciones fúnebres... Sin amigos, y miserable, desciendo viva a la sepultura. ¿Qué mandamiento de los Dioses he violado? ¿Pero de qué me sirve, desdichada, apelar aún a los Dioses? ¿A cuál de ellos puedo invocar en mi auxilio, si soy llamada impía por haber obrado con piedad?...”

¡Oh, hija adorable de Sóphokles el divino! te habíamos admirado; ahora te amamos; se nos rompe el corazón mirándote salir lentamente de la escena a desposarte con Hadés acompañada por las sombras de Danae, de los Phineidas, del hijo de Dryas, trágicas víctimas del Destino inexorable, que, evocadas por el canto del Coro, forman el espectral cortejo de tu triste Himeneo!

Después de la palabra solemne de la conciencia y del canto doloroso del alma, ¿qué otra voz puede ser digna de resonar en el tea-

tro? Sólo la voz de la Divinidad, que consagra la ley moral, la ley eterna proclamada por Antígona. Y los Dioses hablan: surge Tiresias, el Vaticinador venerable, con su inmensa barba secular, apagados los ojos, vidente el espíritu, délfica la lengua: "Estando sentado en el antiguo sitio augural en donde se reúnen todas las adivinaciones, escuché un ruido estridente de pájaros que gritaban de una manera siniestra y salvaje... Lleno de espanto consulté las víctimas sobre los altares encendidos. Pero la llama de Héfestos no se prendía en sus carnes... La ciudad sufre a causa de tu resolución... Todos los hogares están llenos de girones que los perros y las aves carniceras han arrancado al cadáver del miserable hijo de Edipo... Los Dioses no aceptan las preces sagradas, y las aves, hartas de sangre, no dejan oír ningún grito augural... Perdona a un muerto, no te ensañes con un cadáver..." Y después: "...Sabe que las rápidas ruedas de Helios no darán muchas vueltas antes de que hayas pagado las muertes con la muerte de alguno de tu propia sangre... Las Erinas vengadoras de Hadés y de los Dioses te tienden emboscadas... Dentro de poco, las lamentaciones de los hombres y de las mujeres romperán en tus moradas..." Kreón se irrita, resiste, vacila, ceja, se aterroriza (gradación admirable de sentimientos en el alma del tirano cruel y supersticioso), y corre... a enterrar a Polinice, a salvar a Antígona!...

El Coro, sobrecogido, entona un himno implorante y ardiente a Baco, protector de The-

bas. "Ilustre por mil títulos, delicia de la virgen Kadmea, Baco, oh Baco!... Un vapor espléndido te alumbraba sobre la doble cima donde corren las Bakantes y fluye la fuente de Kastalia... Hoy que toda la ciudad es presa de un mal terrible, ven con pie salvador, franqueando las escarpaduras del Parnaso o el resonante estrecho del mar."

Plegaria inútil: Kreón no corrió tan aprisa como el castigo. Un mensajero llega. Aparece una mujer enteramente envuelta en su peplo: es la madre de Hemón, Euridice. El Mensajero habla: "...Yo seguí a tu esposo hasta la altura en que yacía el mísero cuerpo del hijo de Edipo... Quemamos sus despojos y sobre ellos levantamos un otero fúnebre con la tierra natal. Después fuimos al antro cóncavo... A lo lejos oímos salir, de la tumba privada de honores, un grito penetrante... Kreón, llorando, dijo: "¡Desgraciado de mí! Llegamos a la tumba, arrancamos la losa que la cerraba... Vemos a la joven estrangulada con su sudario... Y él la abrazaba... Kreón, henchido de sollozos, lo llama: ¡Sal, hijo mío, te lo suplico! Pero el joven, mirándolo con ojos sombríos... empuñó la espada de doble filo; la fuga libertó al padre del golpe. Entonces el infeliz, furioso, se arrojó sobre la espada... Y con los brazos desfallecidos, dueño aún de sus sentidos, abrazó a la virgen y expiró bañando con sangre purpúrea las pálidas mejillas de su amada." A las últimas palabras del mensajero, Euridice, la figura blanca enteramente envuelta en su peplo, abandona la

escena, trágicamente muda. Va también a la muerte. Kreón llega cargando en los brazos el cadáver de su hijo. Una larga lamentación musical cierra el poema. El Coro dice: "La soberbia acarrea a los orgullosos terribles males que les enseñan tardíamente la cordura." Y los Viejos Kadmeos inclinan la frente sobre el dolor humano.

\*  
\* \*

Sabéis, señores, que las obras que nos quedan del teatro griego son una mínima parte de la producción colosal de los tres grandes poetas áticos. Es una banalidad lamentar esta ruina, todos lo han hecho. Pero de las tragedias salvadas del desastre, ¿qué cosa subsiste? Sólo una imagen palidísima de su belleza, la letra. Perdido—y para siempre—el marco espléndido de la decoración escultural y arquitectural; perdido—y para siempre—el sortilegio de la música y el encanto de la danza; rota—para siempre rota—la íntima unión de las artes humanas que dieron a la tragedia dionisiaca su majestuosa e incomparable armonía. Y esto, ¿quién lo ha lamentado? Bien sé que no hace muchos años, en la corte de Prusia, los sabios alemanes restituyeron a la tragedia griega su escena, su orquesta, las evoluciones de sus coros, un simulacro de su melopea y de su acompañamiento musical; pero estas representaciones, que no critico—¡Dios me libre!—deben haber sido más eruditas que es-

téticas. Entre las brumas del Norte no asoma Helios su ojo áureo. Aunque fuera posible hacer la reconstrucción completa de la tragedia griega bajo el cielo luminoso de la Atica; aunque se realizara el sueño de Renán, y "Venecia, París y Londres repararan sus latrocinios, y formando teorías sagradas fueran a pedir perdón a Pallas Athenas llevándole las reliquias de su templo," ¿quién puede devolvernos a Phidias, aplaudiendo con sus manos juveniles "Los Persas" de Esquilo? ¿quién a Eurípides, sentado entre el pueblo, en las más altas gradas del teatro, siguiendo con sus ojos inquietos las danzas de los coros de Sóphokles? ¿quién a ese público de athenienses tan finos de oído y tan delicados de espíritu, en cuyos labios moraba la dulce Persuasión y en cuyos cabellos brillaba la cigarra de oro? ¿Y quién puede resucitar la historia? ¿quién puede animar la leyenda? ¿quién...? Yo lo confieso: mi imaginación no es tan viva y tan alucinante como la de ese delicioso Jules Lemaitre, que, pudiendo hacer abstracción de las señoras escotadas y de los caballeros en frac que llenan la sala de la Comedia Francesa, pudo creerse primo hermano de Perikles cuando, sobre los peldaños del palacio real de Thebas—muy parecido al templo de la Magdalena—Mounet Sully, de manto y corona, declamaba el Edipo:

"De l'antique Cadmus jeune postérité...;"

ni tengo tantas afinidades psicológicas como ese otro hechicero Anatole France, que puede

vivir a su albedrío las vidas más extrañas, porque como el legendario Vaticinador Tiresias—hablo metafóricamente—es hermafrodita, es decir, conoce los secretos de las dos caras de la naturaleza humana, la femenina y la masculina, y lo mismo encarna en San Sátiro que en Thais. Si vosotros tenéis el sentimiento de la historia, si sois poetas del pasado, entonces mi palabra, aunque no es “miel de Himeto y canto de sirenas,” puede haber evocado en vuestros espíritus una imagen de Athenas. La “ciudad brillante, inmortal, coronada de violetas...”

Y si así fuere, os felicito y os envidio.

BIBLIOGRAFIA.—Además de las obras citadas: Grote, Histoire de la Grèce, traducción de Sadous, vols. 5, 6, 7, 8 y 12; Duruy, Historia de los griegos, traducción de Verneuil, vol. 2; O. Müller, Histoire de la Littérature Grecque, traducción de Hillebrand, vol. 3; J. Girard, Etudes sur l'Eloquence Attique; A. Couat, Aristóphane; F. de Coulanges, La Cité Antique; H. Ouvré, Les formes littéraires de la pensée grecque, págs. 216 a 306; Justo Sierra, Historia General, págs. 33 a 69; Th. Mommsen, Histoire Romaine, traducción de Guerle, vol. 4, págs. 39 a 43; Renán, Etudes d'Histoire Religieuse, págs. 1 a 71; Egger, Histoire de la Critique chez les Grecs; Haigh, The attic theatre; J. Autran, La Fille d'Eschyle; Masqueray, Théorie des formes lyriques de la tragédie grecque; Platón, Obras.

## LA POESIA EPICA GRIEGA.

### LA ILÍADA

Señoras y señores:

La llanura troyana, abierta por el Oeste al mar, al gran camino de los pueblos aventureros, y regada por las fecundantes corrientes del Scamandro y del Simois, nutría con sus ricos pastos a las tres mil yeguas de Erictonio, el genio de la fertilidad. En el ángulo interior de la llanura, alzabase, sobre una roca abrupta ceñida por un repliegue turbulento del Scamandro, la altiva ciudadela de Ilión, el fuerte glorioso de los Dardánidas robustos. Abajo se extendía, en la pendiente del terreno, la opulenta ciudad de Troya, “magníficamente construída,” dominada por los muros tallados a pico de Pérgamo; y desde allí—a cuatrocientos setenta y dos pies de altura—podía verse el Helesponto precipitándose encabritado y espumante en el mar Egeo; y enfrente, por encima de la dentellada crestería de Lemnos, el erguido picacho de Samotracia coronado de